

RECUEENTOS

||||||||||||||||||||| MIGUEL RODRÍGUEZ GONZÁLEZ |||

Varias cosas me inquietaban cuando finalmente el Boeing que nos llevaría a Santiago se disponía a despegar: estaban las expectativas que me había creado al reconocer que horas después cruzaría por primera ocasión el Ecuador y que entonces, entre otras cosas, la Luna crecería como C -esto me lo contó Vero-; no estaba convencido aún que así sucedería, también pensaba en reencontrar a los colegas chilenos a quienes no veía desde fines de los 80's. Desde luego que también pensaba en poder colaborar en la intensa actividad que el departamento de sismología de la Universidad de Chile tendría por esos días.

Lejano sentía el final de mi viaje más reciente y grato recordar que éste coincidió con la creación del gobierno alterno en México. Mi poca experiencia en viajes al extranjero me

hacía dudar si tenía conmigo lo necesario. Por esta razón es que repasaba la lista con los teléfonos de contacto, los de mis compañeros de viaje y el NIP de mi tarjeta. Desde luego tenía las típicas dudas sobre mi equipaje. De soslayo mire a mis compañeros. Sonreí cuando sentí el temor de haberme equivocado en el número de días que deberíamos permanecer en Chile. Recordé entonces cuando, en el aeropuerto, me di cuenta que mi maleta, unida al sismógrafo que me había empeñado en traer (porque ¿qué podía hacer sin un sismógrafo en Chile?), cabían al menos dos veces, en cualquiera de las que portaban mis compañeros de misión.

El efecto de la manipulación del acelerador me regresó al avión. Recargué la nuca y cerré los ojos para concentrarme y disfrutar aún más el vértigo del despegue. Denis me co-



mentó, en México, sobre la necesidad de personal capaz de operar equipo sismológico, debido a la gran cantidad que llegó a Chile desde el exterior. En esos días la red contaba ya con cerca de 160 equipos que debían atenderse. Al llegar a Santiago reprimí mi primer impulso de incorporarme a las brigadas de registro de réplicas y permanecí unido a la misión de observación del evento sísmico desde sus efectos.

El recorrido inició y nos dirigimos al Sur hacia zona Araucana. Cuanto más nos acercábamos a la zona epicentral la manifestación del terremoto se incrementaba y las sesiones de fotografía de colapsos de casas de adobe, puentes y silos parecían interminables. Avasallado en términos fotográficos debido a lo limitado de mi taramatic y a mi negativa a captar la destrucción y el dolor, me reasigné la misión de identificar nuestra posición y orientarme en los caminos y ciudades. Pude entonces fotografiar, por cierto, los bellos liquidámbaros que invaden la ciudad de Talca y la brillantez que transfiere la víspera del otoño a la vegetación de Chillán. También hacía yo *zapping* en el cuadrante radiofónico en cuanto aparecían las poblaciones, quizá porque esperaba identificar alguna de las canciones de Víctor Jara, de Violeta Parra o alguna cueca tradicional. No lo logré pues el dial no transmitía nada que se les pareciera. Así que me conforme con tararear:

*Gracias a la vida
Que me ha dado tanto...*

Y también,

*Arauco tiene una pena
Que no la puedo callar...*

Ya había escuchado que para oír 'esa música' hay que estar fuera de Chile, afortunadamente no fue cierto, pues días después escuchamos cuecas mientras almorzábamos torta de aguacate (sándwich de palta en chileno) y platicábamos con un chacarero (campesino) alegre y endurecido por el trato cotidiano con el sol, el agua y la tierra.

Obscurecía cuando entramos a la ciudad de Concepción, el centro estaba en penumbra pues el servicio eléctrico era deficiente. Parecía que transitábamos en círculo con la agravante de que muchas calles estaban cortadas en varios tramos y no había a quien preguntar. En alguna de estas calles topamos con un joven y dos niñas que trataban de subir a una mujer, que gemía y no se podía sostener, al



vehículo parado. Dos militares veían la escena de cerca y sólo se limitaban a apurar a los familiares... Tanto me habían platicado de la bondad de los susodichos carabineros que había pensado, francamente, en invitar a alguno o alguna a comer pero después de ver lo anterior pensé: ¡Ni maíz de invitación!

Encontramos el hotel una hora antes del toque de queda. Aprovechamos ese tiempo para saludar a los enviados de la

embajada mexicana en Chile, conocer a los contactos en la ciudad y para mitigar el cansancio con la cena y lo animado de la camaradería. El postre fue la descripción de los saqueos de la ciudad. Tales hechos no se podían, precisamente, asociar a la necesidad de subsistencia de la población, pues supimos que las televisiones de plasma mayores a 32 pulgadas eran las más buscadas. Me supongo que Allende se retorció de dolor al saberlo.

Más tarde, salí a la acera del hotel pues la oscuridad no era completa, había estrellas de lo lindo y me gusta fumar cuando hay estrellas. No apareció la Luna y entonces pensé en identificar la Cruz del Sur. En eso estaba cuando la recepcionista, angustiada, me hacía señas que me hicieron entrar de inmediato sólo para recibir, de manera atenta, una amonestación por estar fuera del hotel después de las once de la noche. El toque de queda ya dominaba la ciudad. En la habitación instalé el sismógrafo con la seguridad de que alguna réplica caería durante la noche. Mi compañero de cuarto leía una soporífera novela pues enseguida me di cuenta que dormía, plácidamente, boca arriba. Me apliqué a imaginar una esfera en donde representar el eje de rotación y un movimiento en el hemisferio Sur y manio-braba con productos cruz para identificar la dirección de Coriolis. Llené el lavabo y me dispuse a anotar los detalles del escape del agua en cuanto quitara el tapón a la tarja. No lo logré pues ya escuchaba resquebrajarse al hotel y sentía el impulso típico de una réplica cercana. Vi la hora, eran las 02:42, deje pasar la sensación de impotencia que provoca el movimiento del suelo. Las réplicas siguieron y los ronquidos de Efraín no me dejaban concentrar, así que finalmente lo pospuse y dormí plácidamente y seguro que el sismógrafo registraría varias réplicas, también cansado y con el grato recuerdo de un día intenso con novedades reales y continuas.

Hacía tiempo que mi curiosidad no quedaba satisfecha pero esa mañana el recorrido que teníamos contemplado, al Norte de Concepción y lo que vimos, logró saciarme. Viajamos por la costa para acercarnos a las poblaciones afectadas por el tsunami y nuevamente su manifestación fue creciendo. Después de ver algunas poblaciones inundadas y los destrozos que deja la resaca en ellos, encontramos un barco con proa de violín y quilla de dos o tres metros, montado en una ola de tierra. ¡Qué fuera de lugar se veía!, fue el antecedente al dolor que llenaba el ambiente en Dichato.

Las mujeres y los viejos hacían cola para obtener la ayuda que se repartía en un local. Afuera no había quien ayudara

a cargar las despensas pues los militares nuevamente sólo veían. ¡Y lo que me faltaba!, alguien me preguntó donde podría dejar unos dulces que traía. Volteé y vi un casco sobre la BMW 650, DAKAR, que paseaba al señor de los dulces en su recorrido por los sitios afectados, seguro buscando generar endorfinas para su placer.

Juan insistía en saber si ‘Los Topos’ estaban en Chile y preguntaba cómo contactarlos pues eran su inspiración, no sabía yo si estaban en Chile y lo que recordaba vagamente de Los Topos, que tanta fama le han dado a la solidaridad mexicana, es que no podían viajar a Haití por falta de recursos. Entiendo que finalmente lo hicieron y con éxito.

El grupo de voluntarios que Juan dirigía venía desde Antofagasta con medios propios en una camioneta que rebosaba de sacos de dormir, víveres y mucho polvo. Los encontramos en Cobquecura y para esto ellos tenían ya siete días ayudando en lo que podían a las poblaciones afectadas a lo largo la costa, eran cinco jóvenes y Juan, el mayor.

Cobquecura es un poblado patrimonio de la humanidad que desde 1550 es una villa, con fachada uniforme de un piso, construida con ‘pan piedra’, que son lajas de pizarra encimadas que forman muros de cerca de un metro de espesor de origen Inca. Cerca, aproximadamente a treinta kilómetros al Nordeste de Cobquecura desemboca el río Chavollen límite táctico entre las culturas Inca y Mapuche según nos comentaba un joven que se nos unió. Él me explicó el símbolo que los militares pintaron en las casas que revisaron: era un círculo con dos líneas diagonales que se cruzan al centro para delimitar cuatro espacios. En el superior aparece la fecha de la revisión con números, a la izquierda la identificación de los militares: se leía AFTA de Antofagasta; a la derecha un número entre el 1 y el 10 que indicaba los daños, de débiles a severos y que en algunos casos tenía escrito las letras, DEMOL, definitivamente; finalmente en el espacio inferior el número de muertos... En la calle principal abundaban las calificaciones de 9 y 10 que hacían temer a nuestro interlocutor una avanzada para demoler, poder vender y construir cualquier cosa. Sin duda prefiero a los grafiteros.

Pasaron los días y fui aprendiendo a convivir con mis compañeros, disfrutar de cada uno de ellos y también redescubrí lo intenso que resulta iniciar amistades en situaciones de conflicto. 🍷